

Excedente cognitivo y procomún: elogio de las culturas tímidas

José Ramón Insa Alba



Interior de un café librería de Estocolmo.

Hablar en este momento de espacio público requiere de una introducción específica en los ecosistemas digitales. No hay nada que pueda evitar esa referencia, nada que nos pueda retraer de una incursión reflexiva completa. Un entorno marcado por una cierta esquizofrenia: lo estamos construyendo y a la vez que protagonistas somos observadores que no hemos acabado de asentarnos. Un entorno que nos obliga a cambiar completamente la forma de pensar, de actuar, de relacionarnos y eso es difícil para una humanidad que se adapta a los cambios culturales de un modo más

lento de lo que nos parece. Estamos en una realidad híbrida.

Por eso no voy a centrarme en tecnologías sino en los comportamientos, en las actitudes, en los entornos de pensamiento. Porque es mucho más fácil modificar las máquinas que nuestras mentes. Se trata, no cabe duda, de reflexionar sobre las formas de habitar los espacios digitales.

Voy a ajustarme para ello a tres conceptos que iré mezclando y remezclando, que iré relacionando:

– El excedente cognitivo, un concepto de Clay Shirky, que pone de manifiesto el potencial que existe cuando

contemplamos la cultura como algo fundamentado sobre las teorías de la abundancia en contraposición con la consabida gestión de la escasez. Paradigma del modelo capitalista.

- El procomún, como concepto que busca una alternativa al binomio mercado-Estado, como hipótesis política y de autoorganización-creación-difusión cultural.
- Las culturas tímidas, como aquellas que no contabilizan, que no cotizan en bolsa, pero que son la base sólida y consecuente de la cultura de nuestras sociedades. La cultura de los comunes.

En todo caso, y si nos detenemos en la reflexión, no hay nada nuevo porque estos tres principios proceden, como no, del entorno analógico. Lo que ocurre es que estamos supeditados a un modelo economicista que lo reduce todo. ¿Dónde está la realidad compleja y múltiple? Posiblemente haya que dejar de hablar de la economía de la cultura y hablar de una nueva cultura de la economía.

Pero, por qué estos tres ingredientes:

Para abandonar el econoteísmo

Porque creo que es necesario reinterpretar el carácter mercantilista, industrial y comercial que se le está dando, al menos en determinadas sociedades que se llaman desarrolladas, al término cultura, porque lo hemos reducido a una especie de oferta y demanda en la que unos pocos parecen legitimados para comprender lo que la gente necesita y ofrecérselo.

Para dignificar la cultura como paradigma de desarrollo de la humanidad.

Y porque, quizá, tendríamos que entregarnos a una nueva cultura de la cultura que recupere sus acciones y sus visiones hacia el desarrollo humano de

las sociedades, más allá de lo que han venido haciendo.

Para reorientar las acciones públicas

Y, sobre todo, porque somos muchos los que estamos creando conocimiento y hoy por hoy las instituciones, con sus mecanismos más bien superados, están viéndose desbordadas para ofrecer a la sociedad lo que de verdad requiere. Y estoy observando que existe lo que podríamos llamar una especie de “déficit cultural” que es la diferencia entre lo que la ciudadanía espera y lo que las administraciones realizan.

Es necesaria una seria reflexión sobre el carácter de la cultura que modifique la óptica actual que la concibe como:

- Un sistema ordenado alrededor de las lógicas del mercado.
- Un sistema estructurado desde las lógicas de la excelencia.

Asistimos a una “cultura transitoria” que cambia según las orientaciones de los poderes, que depende exclusivamente de sus vaivenes. Por ello lo que verdaderamente encontramos hoy es:

- La promoción del ocio y del espectáculo: la cultura del *stock*.
- La dignificación de esta a través de discursos economicistas: la cultura intervenida.

¿Dónde estamos pues?

¿Para quién es el conocimiento?

Donde nunca antes habíamos estado. En un ecosistema digital que no podemos permitir que se nos escape de las manos, que no podemos permitir que entre dentro del abanico de quien lo quiere



controlarlo todo a través de las cuentas de resultado. Este ecosistema digital no puede acabar como acabó todo: la tierra no fue para el que la trabajaba, la industria no fue para el que la movía. ¿Quién se aprovecha del conocimiento generado? El conocimiento debe ser para quien lo crea y quizá deberíamos llegar al concepto de comunitarismo tecnológico y se supone que, para que esto ocurra, se necesita un activismo cultural interconectado.

En fin, la cultura más allá de la prosa.

Por eso concibo un digitalismo que supera la tecnología. Lo digital es hoy la cultura, no algo sobre la cultura. Se necesita un esfuerzo de interpretación que nos permita enriquecer unas regulaciones mentales más bien analógicas y abordar la realidad desde la necesaria combinación de estas nuevas “leyes”. Las políticas de cultura tienen que enfocarse desde un diálogo coherente con esa realidad. La cultura expositiva, narrativa y programática necesita ser revisada. Debe ser dispositivo e *interface* que traduzca e interprete, que comunique.

Más allá de todo lo que queramos discutir lo que supone, el mundo digital conlleva una enorme capacidad potencial de creación, de elaboración de nuevos comportamientos, de nuevas formas, de nuevos mapas mentales. Tenemos pues la obligación de investigar críticamente sobre nuevos modelos de gestión pública de la cultura. Porque en la cultura digital la tecnología no es lo que más importa. En realidad, se trata más de actitud que de habilidad, se trata más de concepto que de mecánica. A ver si la cultura digital va a acabar también en la “gestión del eslogan” y todo queda en intenciones vacías, que nos convirtamos en tenderos de tendencias.

Y ¿por qué partimos del procomún?

Pro --- (vecho / ducción) --- común

Aquello que es de todos y que no es de nadie. La cultura también entra dentro de este concepto y gira en torno a superar la dicotomía mercado-Estado para dar protagonismo a los procesos de desarrollo e intercambio entre los comunes y aquí nos encontramos con una nueva visión de la gestión de la cultura desde los ámbitos de las administraciones públicas para generar espacios comunitarios más allá de la cultura distribuida. El *omnia sunt communia*.

Nada nuevo, el procomún es tan viejo como la humanidad y lo componen todos aquellos bienes que sin ser de nadie pueden disfrutarlos todos. El espacio público, el conocimiento, la naturaleza, el aire, las semillas –que, como bien saben ustedes, siempre han sido un bien común intercambiable y que está sufriendo verdaderos atropellos por las grandes empresas y laboratorios. El trabajo solidario para el beneficio de todos también entra en el procomún.

¿Pasará lo mismo que con las semillas y veremos la transgenización de la cultura? Una transgenización influida por la postura dominante de las grandes industrias para forzar una comercialización competitiva cerrando ideas y expresiones y acotándolas a entornos de rentabilidad. Una cultura compuesta por “clones” a la medida, sin personalidad, sin ideas propias, homogeneizados. Una cultura a la que, mediante la ingeniería financiera, se le ha suprimido los genes conflictivos, como el gen crítico, el de la conciencia, y los han modificado por genes pragmáticos... Al igual que las semillas producen plantas dependientes, las culturas han de producir pensamiento



Imagen de una exposición sobre nuevos materiales en el Centro de Diseño Danés.

cautivo. Reproducen los valores preexistentes y han dejado de tener conexión con el mundo social.

No sería bueno comenzar a oír hablar de transgenización de la cultura porque la cultura, en su más amplio sentido antropológico, también es procomún, un bien del que nadie puede hacerse propietario aunque se intente porque, no lo olvidemos, la cultura también es un arma de domesticación masiva.

Seis razones principales para abordar el procomún como referencia:

- El provecho común en el ecosistema cultural no solo es cuestión de uso sino también de creación. Abrir las puertas a las expresiones de las personas que no están dentro del sistema.
- Se libera de la tiranía de la excelencia haciendo partícipe a la comunidad y a aquellas manifestaciones que no entran dentro de los parámetros.
- Se revalorizan, así, las culturas tímidas con base en la experiencia cultural antropológica.

- Devuelve el contexto de la tecnología restringido a ciertas elites económicas y estatales y lo amplía al concepto de políticas culturales.
- Supera la propuesta tecnológica de inclusión digital más allá de los puntos de recepción y los hace puntos de creación promoviendo la diversidad.
- Se acelera el intercambio de bienes simbólicos ampliando la lucha contra la brecha digital más allá del componente de las máquinas.

Entonces... ¿la cultura local como gestión del procomún?

La idea de políticas de cultura en el entorno digital se ciñe hoy día a traspasar al medio tecnológico los comportamientos y las ideas de una política cultural analógica más bien propia de las sociedades industriales. Trata únicamente de atender tres aspectos: la comercialización de productos, la difusión de ofertas, la preservación de contenidos. Sin embargo, deberíamos analizar si este paradigma de la cultura como mercancía es el único



que debemos tener en cuenta y si, desde las instituciones públicas, no deberíamos realizar un mayor esfuerzo en la investigación y aplicación de modelos de mayor incidencia en la creación de pensamiento crítico y de imaginarios colectivos de trascendencia intelectual. Porque, hoy por hoy, la Administración Pública es una máquina que no piensa diferente y el reto es, precisamente, transformar su pensamiento.

En todo caso, el agotamiento de la gestión cultural desde las instituciones públicas (más allá del acontecimiento) pone de manifiesto la necesidad de construir nuevos espacios de reflexión y conocimiento en los que los saberes opten por la cooperación y la coproducción abiertas; potenciar y liberar la creación así como dotar de instrumentos para la construcción y consolidación de una cultura del procomún y desde el procomún; retomar la práctica colectiva y los procesos de confianza mutua para la construcción y reconstrucción de las experiencias de comunidad.

Esta gestión del procomún, en contra de los procesos de privatización de las oligarquías, propicia con rotundidad la conservación, mejora y potenciación de un sistema cultural sustentado sobre las labores colectivas y más allá del pensamiento único y oficial. El acotamiento burocrático de la administración y la puesta de la cultura en manos de sus “expertos” ha contribuido a un dirigismo que no ha conllevado mejoras ni desarrollo de los bienes y riquezas culturales creadas por una ciudadanía libre. Se ha propiciado continuamente una dejación ciudadana en pos del manejo de nuestras “necesidades” por organismos no conniventes y en muchas ocasiones prepotentes y traficantes de una cultura

que no era sino la manifestación de un avatar político que intenta edulcorar las verdaderas intenciones de monopolio del pensamiento. Es evidente que en muchas ocasiones buena parte de los gestores han sido gestores de la cultura oficial y, aun sin pretenderlo, desde la buena voluntad, han colaborado convencidos de que se estaban estructurando políticas de cultura bien comprometidas. La verdad es que se ha entrado de lleno, en demasiados casos, en el paradigma mercantil y se han reproducido los discursos de forma, quiero creer, confiada.

La gestión del procomún es, como comienzo, un modo de garantizar la implicación plena de los comunes en el devenir de una sociedad con fundamentos colectivos. Lo contrario es la cultura desposeída y dependiente, una cultura que no establece sino acciones en pos de un efecto profiláctico bajo un régimen de cultura mercantil que pierde todo su significado y permanece subsumida a los criterios del capital y de la clase dominante. La ideología de la eficiencia (política y económica) manda y se subvierten los principios del procomún bajo los criterios de gestores y creadores “expertos”. En última instancia, se la ve como una carga para el capital. Se ha colonizado la cultura como se ha hecho con la vida privada.

Nada más oportuno para desterrar la gestión por *stock* (la venta de productos culturales desde el sistema de aparadores) que únicamente visibilizan aquello que tiene salida dejando en el fondo creaciones y manifestaciones poco “dignas”. Sencillamente porque la cultura no es cuestión de escala. Ni en su sentido estricto, puede tener dueño. Precisamente, en eso consiste el procomún; no es que sea de todos, es que no es de nadie. Nada más claro para

asegurar que las instituciones públicas deben subordinarse al ecosistema cultural que entre todos se crea.

Aquí aparecen las culturas tímidas que quizá podríamos hablar también de culturas “ocultas” (aunque no exactamente, son lo mismo ya que mientras las primeras manifiestan un interés por salir, impedido por su temor, las segundas directamente no son visibles ni lo intentan), un territorio desconocido que compone el núcleo de la cultura como soporte social, culturas que difícilmente pueden contemplarse porque no afloran, que no lo hacen porque no aportan esa espectacularidad que hoy parece necesaria. Y porque solemos prestar atención únicamente a lo que se nos presenta perdiendo poco a poco la curiosidad por lo que está detrás, por lo no visible. Actuamos como si no existiese. Nos cuesta descubrir.

Pero indagar también debería ser una actitud relevante en los modelos de gestión de las políticas públicas de cultura. Y hacerlo, no para localizar aquello que puede constituir un éxito, sino para escudriñar el fondo. Para componer una estructura narrativa liberada del argumento que pueda fluir más libremente, que permita crear espacios que el ciudadano ocupe sin tutela.

La gestión pública de la cultura no puede falsear la realidad, y la realidad es que esas culturas ocultas no son meros peones en el entramado ciudadano. La realidad es que pertenecen al paisaje humano. Construir una ciudad de fachadas utilizando la cultura, determinada cultura, como referencia y marca, deshabilita y coloca a los ciudadanos como meros figurantes.

Quizá también porque tendemos a creer que la cultura no existe si no la gestionamos. Sin embargo, deberíamos observar los procesos mínimos, aquellos

que a los ojos de las políticas dinámicas permanecen ocultos, aquellos que parecen intrascendentes o que no están dentro de los campos especulativos de la gestión, de nuestra tutela. O, como ya he dicho en otras ocasiones, que pertenecen a esas culturas tímidas que no cotizan en bolsa.

Posiblemente, volver de algún modo a interpretar la cultura comunitaria, aquella que pone las bases, sería una salida impecable. Porque estos procesos mínimos de la cultura son indudablemente los únicos que pueden permitir cimentar. Luego construir. Más tarde enriquecer. Un simple principio de superposición formalizadora de la cultura. Abandonar la pretendida generación espontánea del interés. Una actitud que parece provenir de cierto aislamiento de la realidad y que permanece en los altos niveles de la gestión pública e industrial de lo que hoy se entiende por cultura. Una cultura, en cierto modo, impuesta bajo intereses claros de rentabilidad política y financiera.

El mercantilismo cultural está definitivamente muy lejos de los principios básicos del procomún, de la comunidad que decide. Se han generado estructuras que dominan los expertos y que, bajo la paranoia de la excelencia, subvierten los procesos de participación e implicación ciudadana. ¿Expertos en qué? Habitualmente, en gestión administrativa. Esto significa que hemos alcanzado un déficit cultural que se manifiesta por la diferencia que existe entre la oferta oficial y las necesidades y sensibilidades de la sociedad. Una cultura especulativa que las administraciones y las industrias consideran legítima. Una cultura impuesta que solo beneficia a un determinado grupo de población.

Por ello, una acción cultural comprometida no puede desarrollarse desde la



Interior de una tienda Apple.

direccionalidad de las autoridades, sino que tiene que acompañarse de inmersiones más que de inversiones. Una nueva articulación política que refuerce la base ciudadana más allá del consumo, que genere espacios de convergencia. Posiblemente así nos alejemos de ese canto de sirena que encumbra a la cultura como motor de la economía. Posiblemente, la coloquemos en el lugar que le corresponde: como motor de la humanidad. El excedente cultural, bien podría denominarse. Porque una ciudadanía inactiva culturalmente (consumir no significa estar activo) configura una sociedad paralizada en sus esencias.

Entonces si la inteligencia colectiva es la que construye la cultura, ¿se puede disolver la jerarquía institucional?

Sería bueno comenzar a distinguir claramente en las instituciones lo que sería una estructura *hard*, una estructura *soft*

y una estructura *trans*. *Hard* (organización y jerarquía), *soft* (conservación y programación) y *trans* (experimentación, hibridación, emergencia, fractalidad, influencia, riesgo, investigación, transferencia, confluencia, prototipado, interacción, prosumo...). Quizá avanzaríamos enormemente y nos libraríamos del lastre de modelos y de jerarquías que no hacen sino truncar el avance. La innovación a partir de las ideas que luego se pueden traducir en cualquier formato. Nuevas movilizaciones culturales, nueva conciencia de la cultura.

Porque en la red las ideas pueden avanzar de un modo más eficaz ya que no dependen de un proceso de organización institucional que las pueda paralizar. Referenciando el principio de Pániker: su capacidad de crecimiento y desarrollo es muy alto porque no hay ninguna figura jerárquica que la bloquee. Es curioso comprobar que casi nunca hay coincidencia entre la “reputación

digital”, el valor que tienen en la red, y su valor en los niveles orgánicos de instituciones.

Por ello es necesario organizar y canalizar la fuerza ciudadana que se genera a través de estos medios y encauzar una nueva creatividad cultural. El fortalecimiento de la sociedad red no significa la explosión de aparataje tecnológico, como tampoco tiene nada que ver con lo que hoy observamos (y se nos quiere hacer tragar del *open-governement*), sino con la canalización del activismo cultural que se genera a través de la red como espacio que favorece, promueve y reconoce la creatividad y pone en cuestión la inmovilidad de las estructuras y la capacidad de movimiento de las instituciones.

Aparecen otros medios de generar cultura, otros medios para participar en cultura. La cultura en manos de los ciudadanos más allá de los técnicos. Desaparecen los intermediarios físicos y jerárquicos: un cambio estructural para los nuevos modelos de cultura local, el filtro a través de las redes de creación. La inteligencia colectiva es la que construye la cultura. El flujo continuo de cultura.

También para una institución pública que debe plantearse ir dejando el papel proteccionista que hasta ahora cumplía. Cuanto más abierta esté la institución, cuanto más en red estén las competencias, mayores posibilidades existen para la creación de una sociedad creativa y abierta, colaborativa y enriquecedora. No obstante, eso implica una revisión de las relaciones institución-ciudadano desde, ojo, las dos vertientes. Nuevas actitudes que no pueden ser ignoradas tampoco por parte de los ciudadanos porque, no lo olvidemos, la creación de sociedad viene desde muchas responsabilidades y también ha existido una especie de

dejación por parte de la ciudadanía que ha optado, en su generalidad, por dejar que la administración fuese la encargada de la cultura.

¿Cómo? En todo caso no puede existir un cambio de modelo sin cambio en la organización. Las nuevas prácticas relacionales basadas sobre los fundamentos de la ecología digital no residen en que las administraciones se llenen de tecnología sino en que absorban esa filosofía que infiere la cultura digital, que se aplique en la comunicación abierta, que implemente los fundamentos de las relaciones en red. La administración pública debe asumir ese modelo y eso implica una transformación radical que trasciende el paradigma actual.

Sin duda el mayor compromiso con el que se deben enfrentar los gobiernos locales es el de avanzar hacia una desinstitucionalización de la cultura. O si se prefiere el término de Michel de Certeau, hacia una desapropiación de la misma. Una actitud que la debe llevar a corregir su tendencia distributiva (espectáculos y subvenciones) y escapatista (acontecimientos y construcciones). Pensar la cultura local es devolverle su esencia social y vital, devolverle su capacidad de creación. Nuevos paradigmas de gestión, nuevas responsabilidades y compromisos, nuevos activismos.

Quizá la verdadera misión de las políticas públicas de cultura sea construir dinámicas y proporcionar herramientas para que sea la ciudadanía la que empuje y se apropie de nuevos proyectos. Quizá las instituciones locales debieran ser “agregador” más que editor (piénsese en la administración en formato RSS). Una especie de ecosistema de redes.

¿Cómo? A través de la “Tecnología de Participación Aumentada” (TPA):



el paradigma digital debe contemplarse como un elemento primordial para la promoción de las relaciones humanas, para la construcción de un universo colaborativo sustentado sobre las filosofías que trascienden la paranoia de la competitividad y el individualismo, que trabajan desde criterios de globalización más igualitarios, sin imposiciones.

Existen nuevos modelos de organizar la acción colectiva basados en las comunicaciones digitales. Hagamos caso a estos modelos emergentes. Tecnología de la cooperación fundamentada sobre espacios no físicos.

La participación aumentada se desarrolla en el ámbito digital y convoca las relaciones entre espacio público y las estructuras de comunicación. Se añade a la realidad experimentable. El objetivo de las redes desde esta perspectiva es crear ámbito de colectividad. Añade una parte virtual a la presencial. Lo que interesa no es reproducir lo que existe, sino crear posibilidades nuevas. Añadir, no sustituir. Estructurar las políticas digitales de cultura de forma que no caigamos en la “informática de la dominación”.

Por ello, cuando hablemos de brecha digital debemos ser conscientes de que esta brecha no es sino el reflejo de otras. La brecha digital no es sino la referencia de otras desigualdades.

Lo extraordinario de la cultura digital en red es la posibilidad de experimentar nuevas influencias, de estar expuesto a nuevos estímulos que, evidentemente, a su vez generan nuevos comportamientos. La innovación desde la cultura digital es, puede ser, rápida. La cultura digital y la analógica se transforman por su coexistencia, por su interacción en redes presenciales y distanciales. Esta coexis-

tencia es la que estimula la creación de nuevos entornos simbólicos.

Y porque la cultura es el hipotálamo donde se fabrican las emociones necesarias para que una sociedad reaccione. Quizá se manejen conceptos muy limitados de cultura y esa sea la causa de que vayamos estrechando cada vez más sus posibilidades, que vayamos añadiendo error sobre error porque partimos de conceptos equivocados o incompletos.

Entonces deberíamos pensar en el gestor cultural como mediador de conocimiento. Una evolución en el concepto y las funciones de la profesión.

Quizá se trata de incorporar en estas instituciones *unidades de pensamiento* que puedan proponer modelos de innovación sustentados sobre plataformas de conocimiento, que den sentido a toda la teoría generada, a todas las indicaciones propuestas y que se avance en la aplicación de modelos que puedan avanzar de modo más o menos paralelo a lo que avanza la sociedad. Dominamos la programación, no cabe duda de que en todos los lugares se generan estupendos eventos, vayamos a por el conocimiento y generemos desde su mediación campos de cultivo desde donde se remueva la nueva cultura de la cultura. Una integración de personas, funciones y tecnología.

Las instituciones se convierten en plataformas abiertas que se relacionan con el entorno y facilitan la interacción con la comunidad. Que se abren a la abundancia de contenidos y que localizan, filtran, distribuyen y aprovechan ese conocimiento latente y evidente. Una especie de gestión de sistemas de conocimiento cultural. Una especie de semantización de la gestión cultural en la que toda la información se va or-

ganizando en cajas y etiquetas para su distribución y consumo. Una estructura que ensambla contenidos y que convierte a las administraciones públicas, como decía más arriba, en servicios RSS.

Estamos hablando pues de una cultura conectada que no pertenece a nadie sino que está contenida en una masa compleja, que no muestra sino que interactúa, que traspasa el canal unidireccional de oferta-consumo, que es proactiva como objetivo. Una cultura en la que el gestor pierde (o modifica) su función tradicional para que la sociedad se apropie de los mecanismos necesarios y la calle actúe en un modo, digamos, DIY (*Do It Yourself*). La cultura de la inteligencia colectiva. La evolución cognitiva de la cultura.

Un modelo en los que la institución no “vende” cultura sino que propicia una sociedad creativa a través del filtrado y la distribución de contenidos de conocimiento, un modelo en el que la acción ya no viene desde arriba sino que se distribuye y genera en un entorno colaborativo, participativo, ausente en su totalidad de modelos de competitivos.

Así, pues, una buena estructura de pensamiento para las nuevas lógicas de la gestión cultural sería la siguiente:

Cooperación	mediación vs beneficencia
Conocimiento	circulación vs acumulación
Comunicación	$1 + 1 \rightarrow 1 + \infty \rightarrow \infty + \infty$
Creación	prosumo vs consumo
Comunidad	expansión vs asimilación
Conectividad	pluralidad vs individualidad
Circularidad	generación vs oferta

En todo caso, no podemos perder de vista dos asuntos que a mí también me parecen importantes:

- **El optimismo digital ciego** que pretende que todo lo que suene a digital es estupendo. Tan solo el 5% de quienes participan en Internet crea contenido, el resto se limita a acceder a ellos, a consumirlos, a “retuitearlos”..., por una parte; por otra, existe la generación de nuevos monopolios representados por los grandes: Google, Amazon... La burbuja de filtros por ejemplo que crea el buscador de Google propicia un dirigismo que a mi modo de ver es bastante preocupante (no se dan los mismos resultados en mi ordenador que en el de ustedes porque el robot ya ha almacenando mis “gustos y preferencias”). El desencanto digital lleva a la pregunta de quién se beneficia realmente de tanta información. No podemos olvidar que la cultura no la hacen las máquinas sino las personas.
- **El tiempo cedido como concepto capitalista.** Nuestro tiempo y lugar de trabajo se han expandido de modo absoluto sin que tengamos ningún control ni sobre sus rentas ni sobre sus efectos. Sirve como beneficio para terceros y lo hace sin esa necesaria corresponsabilidad que, aunque difusa, irregular y muchas veces injusta, existe en el capitalismo industrial.

Es decir, de modo indirecto y externalizado se obtiene rendimiento sin necesidad alguna de poseer el lugar de producción. Con dos enormes ventajas: el conocimiento no se agota con su consumo, por una parte, y, por otra, no es necesaria inversión ni mantenimiento del lugar de producción. Tremenda artimaña del capital. De este modo, el conocimiento generado desde el trabajo espontáneo (existe una gran diferencia entre el trabajo espontáneo y el voluntario) y desde la filosofía del bien



común genera una plusvalía derivada que depende de los mecanismos de distribución y transmisión. La expropiación del conocimiento que mucho tiene que ver con la expropiación de la cultura.

En muchos casos, los usuarios (prosumidores) de las redes sociales nos convertimos en trabajadores no asalariados de un sistema de producción que excede a los cánones fordistas y taylorianos. El tiempo cedido se convierte en tiempo de producción y lo hace desde un paradigma que nada tiene que ver con los activos económicos tradicionales. Tú generas, tú compartes y la industria de la tecnología

se beneficia. Si bien el conocimiento se ha convertido en un recurso esencial, su distribución sigue siendo propietaria. El sistema capitalista evoluciona en cuanto a los medios de explotación pero no en cuanto a los intereses. Si antes el capital era la fuerza física y quienes menos beneficio obtenían eran los que generaban esa fuerza, hoy ocurre lo mismo con la fuerza intelectual.

Parar finalizar: Apropiacionismo digital + comunitarismo tecnológico → participación aumentada.

O lo que es lo mismo: contribuir, colaborar, comunicar, cooperar.

Este artículo fue publicado en el volumen 5 de la Colección Ciudades Creativas (2013) de Fundación Kreanta correspondiente a las V Jornadas sobre Ciudades Creativas organizadas por la Fundación Kreanta del 2 al 6 de octubre de 2012, en Medellín (Colombia).